

El poblado ibérico del Castellet de Banyoles

(TIVISSA - BAJO EBRO)

POR J. DE C. SERRA RAFOLS

Hacia el año 1912 ingresaron en calidad de depósito, en el Museo Arqueológico de Tarragona, un lote de objetos consistente en seis pendientes de oro de un tipo y cuatro de otro, dos brazaletes, dos anillos y una hebilla de plata, un mango de espejo de bronce, un objeto de hierro (¿reja de arado?) y veintinueve monedas de plata. Este conjunto, que estudiaremos debidamente más abajo, fué publicado en 1915,¹ y sobre su procedencia, el autor de la publicación pudo sólo decir lo siguiente que traducimos: «Han entrado en calidad de depósito, en el Museo Arqueológico de Tarragona, unos objetos interesantísimos. ¡Es lástima que no se pueda saber exactamente las circunstancias de su hallazgo! Fueron adquiridos de un labrador de Mora, que dijo haberlos hallado a gran profundidad, haciendo un hoyo para plantar viñedos, en el lugar llamado el Castellet de Banyoles, de Tivissa, dentro de un vaso, junto con huesos y cenizas, que han desaparecido. Un viaje a Tivissa y una inspección ocular del lugar no dieron grandes esclarecimientos. En el Castellet de Banyoles hay las ruinas de un castillo medieval que domina un valle, por el fondo del cual corre el Ebro, y, cerca de ellas, una extensión de tierra cultivada, sobre un banco de roca, entre la cual se ven escasos fragmentos de cerámica ibérica pintada, sin nada de notable. En ningún lugar se ven restos de paredes. En Tivissa se ignora casi el hallazgo, y después de muchas indagaciones, se consiguió saber únicamente que algunos que lo conocían dudaban fuese efectuado en aquel término.»

De manera que la prospección e investigación efectuada a raíz de haber llegado a conocimiento de los arqueólogos el hallazgo de los objetos enumerados, dió un resultado poco satisfactorio, e incluso se puso en duda su procedencia tivissense.

En 1925 presentóse, en el local del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Barcelona, un labrador de Tivissa, con el deseo de vender otro lote de objetos, consistente en unas figuritas de bronce representando unos bueyes, un glante de plomo y tres monedas (estos materiales serán objeto de estudio en el epígrafe correspondiente de este trabajo). Dijo procedían del Castellet de Banyoles, del término de Tivissa, y que fueron encontrados por casualidad efectuando la labranza de un campo de secano de dicha partida. Los objetos en cuestión fueron adquiridos, y pasaron al Museo Arqueológico de Barcelona.

Desde este momento, aumentaban de manera grande las probabilidades de ser verdaderamente de esta procedencia los objetos a que nos hemos referido antes, y se imponía una nueva visita al lugar de los hallazgos, teniendo en cuenta lo excepcional de los

1. P. BOSCH GIMPERA, *Troballes a Tivissa*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, v, 1913-1914, págs. 120-122 de la «Crònica».

mismos, ya que los pendientes de oro eran ejemplares únicos dentro de la arqueología peninsular, las monedas formaban un conjunto de gran interés científico y los bueyes de bronce eran las primeras figuras ibéricas de esta clase aparecidas en Cataluña y en todo el NE. de la Península.

Un nuevo viaje más detenido, permitió convencerse de que en el Castellet de Banyoles existían restos indudables de la llamada cultura ibérica, denotados por buena cantidad de fragmentos de cerámica a torno, muy rodados, que aparecían en la superficie de las tierras de labranza, en su casi totalidad sin pintura ni decoración de otra clase. Restos de paredes, efectivamente, no los había a flor de tierra, pero lo más notable era la topografía del lugar, que describiremos luego debidamente.

De momento, no se inició excavación metódica, pero se puso en cartera efectuar un estudio más detenido, al cual, en verdad, no invitaba la apariencia de las cosas. Pero en 1927, don Luis Brull, vecino de Tivissa, notable estudioso y amigo y corresponsal del Servicio en aquella comarca, que había colaborado activamente en otros trabajos efectuados por el mismo en el Bajo Ebro, comunicó con gran urgencia la noticia de un nuevo hallazgo, más valioso y excepcional todavía que los anteriores. Se trataba de un lote bastante numeroso de vasos de plata, algunos notablemente decorados, acompañados de algunos otros objetos del mismo metal. Su procedencia era la misma, y el autor del hallazgo, que, como los anteriores, era casual, resultó ser un labrador de Masos de Mora (o sea, Mora la Nova), propietario de una parcela del Castellet de Banyoles, y que no era otro sino el que efectuó el primer hallazgo de pendientes y monedas. De esta manera, se explicaba que en Tivissa apenas se tuviese nueva de este hallazgo inicial, ya que su autor no era vecino del pueblo, si bien poseía una pequeña finca en su extensísimo término.

Trasladados a Mora los miembros del Servicio, se consiguió, no sin dificultad, obtener buenas fotografías de los objetos nuevamente descubiertos, fotografías que sirvieron para interesar su adquisición por la Junta de Museos de Barcelona, presidida, a la sazón, por el señor Conde de Belloch, y de la que era secretario el señor Pirozzini. La rapacidad e ignorancia del labrador, y el poco interés de la Junta, que la muerte acaecida hace tiempo de las dos personas citadas nos veda censurar, hizo que los objetos no ingresasen, de momento, en una colección pública, y hubo incluso el peligro de que pasasen, acaso para siempre, al extranjero. Por suerte, el labrador era tan ignorante como rapaz, y después de diversas peripecias, fueron adquiridos por el culto oftalmólogo barcelonés Dr. Simón, poseedor de una notabilísima colección de óptica histórica, historiador de esta rama de la medicina e inteligente aficionado a la arqueología. Actualmente, y en virtud del desinterés de su propietario y de lo ordenado por la legislación vigente, estos objetos figuran depositados en nuestro Museo Arqueológico.

La repetición de hallazgos tan notables en el mismo lugar hacía más y más indispensable aclarar el problema de la clase de estación de dónde procedían, pues, en especial los últimos, nos hablaban con voz muy elocuente de un santuario, y este tipo de estación es acaso el más interesante que exista.

Como quiera que el Servicio en aquellos momentos, por causas que no son del caso reseñar, no podía efectuar esta labor, el citado investigador tivissense, señor Brull, puesto particularmente de acuerdo con sus amigos de Barcelona, efectuó, con gran inteligencia y resultado, una primera excavación en 1932.

En 1937 se efectuó una segunda campaña, dirigida por el señor Brull y el que suscribe, y queda por estudiar la mayor parte del campo arqueológico, cosa que se proyecta hacer en el futuro más próximo posible. Pero la importancia de los hallazgos hechos hasta ahora, y el deseo de no privar a los estudiosos de incorporarlos definitivamente a sus

ficheros, nos mueve a publicar el presente artículo, que quiere ser, más que nada, un catálogo razonado de los mismos, situándolos en la estación arqueológica de donde proceden.

Topografía del lugar. — Bien que el Castellet de Banyoles se encuentra en el término municipal de Tivissa, dista de esta villa unos 7 km. Partiendo de Tivissa, hay que tomar la carretera de Mora hasta el kilómetro 27, donde, en el sitio denominado «La Creu», deriva, por la izquierda, un mal camino, siguiendo el cual, en cosa de media hora, se llega al lugar en cuestión.¹

El Castellet forma una verdadera península, con un solo lugar de acceso, donde muere el camino citado. Éste, en sus últimos metros, corre por encima del istmo de unión, y, a derecha e izquierda el terreno baja en pendiente bastante rápida. La pequeña península es casi llana, con ligero declive de E. a W., y sus límites dibujan una superficie ovalada. A medida que nos alejamos del punto de entrada, los acantilados que la bordean son más rápidos, y en el extremo occidental, el terreno queda cortado a pico sobre el cauce del Ebro. A su pie, sobre el estrecho espacio formado por los aluviones del gran río, corre la carretera de Mora a Ginestar. Aquí, el desnivel es muy fuerte. El borde de la península está a unos 110 m. sobre el nivel del mar, y el cauce del Ebro a sólo 20 m., de manera que el acantilado tiene unos 90 m. de alto. Desde este punto se domina admirablemente el curso del río en una gran longitud. Aguas arriba, hasta bastante más allá de Mora y Mansos de Mora (Mora la Nova); aguas abajo, hasta Miravet. La orilla opuesta es baja; en primer lugar, queda la ancha huerta de Benissanet, y más allá de este pueblo, el terreno sube en pendiente suave, de manera que hay que alejarse varios kilómetros del río para encontrar cotas tan elevadas como la del Castellet. Éste es el punto más dominante de todo el curso del Ebro, desde la confluencia del Siurana hasta Miravet, o sea, en un trayecto de cerca de 20 km.

Las pendientes del Castellet aparecen cubiertas de bosque poco denso, en el que predominan el pino y la encina. Su superficie está dedicada al cultivo desde tiempo inmemorial y parcelada entre gran número de propietarios. Se trata de un pobre cultivo de secano, algunos olivos y almendros, algo de viña y alguna higuera y algo de cereal, que no fructifica más que escasamente. De todas maneras, esto quiere decir que la superficie ha estado profundamente removida, y explica lo relativamente escaso y lo muy rodado de los fragmentos de cerámica que aparecen en ella.

La longitud de la planicie del Castellet es de unos 300 m. desde el punto en que termina el istmo hasta el acantilado sobre el Ebro, con una anchura máxima de 260 m. y una área total aproximada de 4 hectáreas. Se trataba pues, en el supuesto de que toda la meseta hubiese sido ocupada por la población antigua, de un poblado de no gran extensión en relación a los pueblos actuales de la misma comarca, pero que, entre los ibéricos, figuraría entre los grandes, sobrepasando a todos los bien excavados del vecino Bajo Aragón, incluso el de Sant Antoni de Calaceit.

La denominación de Castellet le viene de una construcción medieval de reducidas dimensiones, hecha, en su mayor parte, de tapia, y aislada por un foso tallado en la roca, cuyos restos, muy escasos ya, se levantan sobre el mismo acantilado del Ebro. El papel de este pequeño castillo no era otro que el de atalaya vigilando el curso del río y parece fué levantado por el Consejo barcelonés durante las seculares disputas entre Bar-

1. Siguiendo este camino, a cosa de 1 Km de «La Creu», deriva, por la izquierda, otra senda, que llevaría al pueblo de Ginestar. Hay que seguir, pues, por la de la derecha, que lleva planeando hasta el Castellet. Esta senda puede recorrerse en automóvil, con tal de no tener en grande estima los muelles del vehículo.

celona y Tortosa sobre la cuestión de los trigos aragoneses que eran transportados por vía fluvial.¹

Fuera de esta construcción, en todo el área de la planicie del Castellet no eran visibles, antes de las excavaciones, paredes ni restos constructivos de otra clase, como no fuesen los banales de piedra en seco divisoria de fincas o de campos, comunes en toda la comarca.²

Las excavaciones. — Como hemos dicho, en 1932 fué efectuada una primera campaña arqueológica en este lugar. Una visita atenta hacía pensar que aquel sitio reunía condiciones excelentes para ser ocupado por un poblado y, caso de que esto fuese cierto, como parecían abonarlo los repetidos hallazgos efectuados en el mismo, se lo concebía con su puerta de entrada frente al istmo seguido por el camino, puerta de entrada que cabía pensar debió ser fortificada. El resto del perímetro se concebía en parte amurallado, allí donde el declive de la meseta es menos escarpado y en parte sin fortificar, en los lugares donde el acantilado es inaccesible (por ejemplo por la parte W. que mira al río). El temor de que la excavación resultase infructífera residía en la posibilidad de que hubiesen desaparecido todos los restos de construcciones, ya que no era visible el menor rastro de ellos, a diferencia de lo que acontece en la mayoría de los poblados ibéricos.³

Se inició el trabajo por una trinchera en el lugar donde lógicamente se suponía la puerta de entrada y, efectivamente, a poco se tropezó, a unos 30 cm. de profundidad, con un fuerte muro y siguiendo su perímetro fué descubierta una torre que presenta planta triangular en su parte exterior y cuadrangular en el resto; viene a ser un cuadrilátero al que se ha pegado un triángulo a manera de espolón; este último es completamente macizo, mientras que en el interior del primero hay dos cámaras cuadrangulares igualmente. Las dimensiones de la torre son en total 13'75 m. de longitud por 6'50 m. de ancho. El espolón triangular tiene en su base los indicados 6'50 m. y la altura del triángulo es de 5'60 m. Su vértice es romo (lám. 1, fig. 2). Las paredes de la torre tienen, la del norte, 1'37 m. de grueso, y la del sur, 1'25 m. Las dos cámaras están separadas por un muro de piedra de 1'70 m. de largo por 1 m. de ancho, y por un murete en adobes de 1'05 m. de largo por 0'25 m. de grueso. La cámara del este, o sea la que viene pegada al triángulo, tiene 4'12 m. de ancho por 4'30 y 5 de largo, según se tome la medida junto al muro de piedra o al de adobes. La cámara W es más ancha (4'25 m.), ya que el grosor de la pared meridional disminuye aquí, reduciéndose a 0'52 m. Su longitud es indefinida, ya que la excavación no fué más allá.

El basamento de la parte triangular está hecho de piedras bastante grandes; más

1. Barcelona, durante la segunda mitad de la Edad Media, compraba importantes cantidades de trigo aragonés, que eran transportadas por el río hasta su desembocadura, y luego enviadas por vía marítima. Tortosa, con frecuencia, hallándose pobre en trigo, confiscaba el destinado a nuestra ciudad, o hacía pagar gravámenes cuantiosos. De allí que, para evitar estos males, Barcelona adquiriese las baronías de Flix y La Palma, que gobernaban el río aguas arriba de Tortosa. El trigo era desembacado en el área de estas baronías, y llevado a la ciudad por vía de tierra. Entonces fué, con frecuencia, Tortosa la que hubo de quejarse de un trato semejante al que antes ella aplicaba a Barcelona. El Castellet de Banyoles era un elemento del sistema barcelonés de vigilancia del río. En los Archivos municipales de Barcelona y Tortosa y en el de la Corona de Aragón, en Barcelona, hay copiosa documentación sobre el particular, casi toda ella inédita.

2. En cuanto a la denominación de Banyoles, que tiene en la lengua del país el significado de baño (p. e., la Banyoles del Empordà, lo toma indudablemente de sus baños medicinales), no hemos podido averiguar en qué tiene su explicación.

3. Influye directamente en ello la clase de materiales usados en tales construcciones. Si son de piedra, subsisten en mejor estado, o queda, por lo menos, la masa lítica procedente de su derrumbamiento. Si son de adobes, pueden reincorporarse a la tierra hasta pasar desapercibidos. Lo más común es que la base sea de piedra y el coronamiento de adobes. De los muchos poblados que hemos visitado, el del Castellet es de los que presentan menos restos visibles antes de la excavación.

arriba, hay conservadas unas hiladas de sillarejo de menor tamaño, y es posible que el coronamiento fuese de adobes, ya que la altura actual, de poco más de 1 m., es muy pequeña y no se encuentra gran masa de piedras caídas para dar gran número de hiladas de sillarejo, bien que puede suponerse que la parte pétrea fuese bastante más alta que lo conservado hoy día. En el muro norte de la torre, en la parte más interior, se conservan perfectamente varias hiladas de adobes sobre el basamento lítico (lám. II, fig. 1.)

No cabía duda de que se estaba en presencia de un elemento de fortificación fuertemente protegido, en la parte exterior, por un espolón triangular macizo. Era lógico pensar

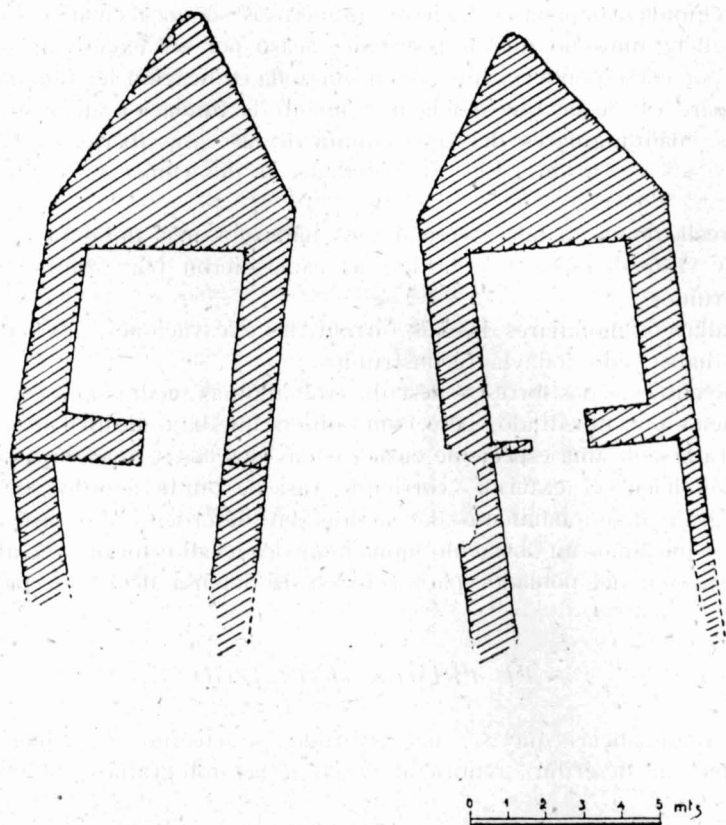


Fig. 1. — Plano de la puerta y torres de entrada del poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa).

que al N. debía existir una construcción semejante y que, entre ambas, quedaba la puerta de entrada de la población.

A confirmar esta hipótesis se dedicó la excavación efectuada en el verano de 1937, y la suposición fué confirmada por los hechos. Descubrimos, al N. de la descrita, una construcción gemela, cuya disposición y proporciones discrepan poco de los de aquélla (fig. 1, y lám. II, fig. 2, y lám. III, figs. 1 y 2): idéntica corte cuadrangular, rematada, por el E., en espolón triangular, de ángulo romo; cámara cuadrangular central, y una segunda cámara hecha, en su mayor parte, de pared de adobes, muy destruída. El plano indica claramente las pequeñas diferencias de las medidas. El espolón triangular, desmochado por

el lado SE., conserva, empero, sus hiladas inferiores. Alguna de las gruesas piedras redondeadas de la punta, apareció formando parte de un muro moderno vecino de contención de tierras.

Tenemos, pues, todos los elementos de un portal, ya que entre las dos torres queda una calle (lám. 1, fig. 1). De punta a punta de las torres hay 7'70 m. Después, forma un embudo, cuyo punto más estrecho tiene sólo 3'30 m. Pasado este punto, que corresponde al lugar donde terminan los dos espolones triangulares, la calle va ensanchándose, de manera que en el punto de terminación de las dos cámaras primeras tiene 4'92 m., y en el punto en que la excavación fué suspendida, la anchura era de unos 6 m.

En esta segunda campaña se hicieron numerosos sondeos en diversos lugares de la meseta del Castellet; unos no dieron resultado, acaso por ser excesivamente superficiales, pero mejor aún, por corresponder a lugares en que toda edificación ha sido destruída. Otros tropezaron con paredes, de las que queda únicamente la fundación en piedra seca, pero que dibujan cámaras cuadrangulares del tipo común de las casas ibéricas. El espesor de las paredes es de 0'30 a 0'50 m. Las proporciones de dos cámaras, totalmente excavadas, 2'90 x 3'10 y 2'77 x 3'70 m.

En la parcela donde se han efectuado los hallazgos más notables (pendientes y monedas primero, y vasos de plata, más tarde), las catas dieron por resultado el hallazgo de muros muy destruídos.

De los hallazgos mobiliarios hechos durante las excavaciones, nos ocuparemos en otra ocasión, por no haber sido todavía reconstruídos.

En la calle entre las dos torres se descubrieron algunas piedras más o menos aplanadas, que parecían iniciar un empedrado, pero como quiera que bajo algunas de ellas aparecieron huecos, podría tratarse de una especie de cloaca. Las dos cosas, inseguras por su estado de destrucción. Más hacia el exterior, corriendo casi de punta a punta de las torres, fué encontrado un gran amontonamiento de piedras en desorden, algo así como un muro improvisado. Lo juzgamos un obstáculo momentáneo, elevado durante la última lucha que produjo la destrucción del poblado, para reforzar la defensa de la puerta.

EL PRIMER HALLAZGO

En las circunstancias que se han indicado, se efectuó el primer hallazgo, cuyo contenido pasamos a describir, remitiéndonos a las fotografías publicadas por Bosch Gimpera.

Las joyas. — Son las siguientes: Seis pendientes de oro, formando tres parejas. Son de tipos semejantes, aunque no bien iguales. Dos planchitas de metal se han soldado y a ellas se han adherido, por la parte inferior y por los lados, diversos cilindros minúsculos que, por el anverso, están recubiertos de hilo de oro, formando espirales. En la parte superior, otro hilo de oro, retorcido, completa la decoración. Son obras de arte bárbaro, muy bellas y originales, de las que no tenemos paralelo. Las calificamos de indígenas, hechas con una notable habilidad de orfebre. Su fabricación supone un gran conocimiento del arte de trabajar los metales preciosos. Longitudes máxima y mínima: 23 y 26 mm., respectivamente.

Cuatro pendientes de oro, de los llamados de moreilla, formando dos parejas, una algo mayor que la otra. Diámetros máximos: 11 y 12 mm., respectivamente.

Dos brazaletes, formados cada uno de tres hilos de plata, retorcidos en espiral. Estos hilos son tanto más delgados cuanto más se accrean al lugar del cierre, bien que éste,

en realidad, no debía existir, ya que actualmente aparecen rotos, pero primitivamente estaban soldados, formando un aro ininterrumpido.

Diámetros máximos: 69 y 83 mm., respectivamente.

Pequeños fragmentos de hilo de plata de otro brazaletes del mismo tipo.

Un anillo de hilo de plata. Al parecer, en época antigua se rompió, y fué recompuesto mediante una pequeña abrazadera. En el lado opuesto, el hilo se retuerce, dando tres vueltas alrededor del que forma el aro, y en este lugar debía haber una perla de vidrio, de cuyo material quedan restos adheridos.

Diámetro máximo: 28 mm.

Otro anillo de plata, en forma de sello. En el lugar de éste, que debió estar formado por una gema ovalada, que falta, queda una planchita de bronce, sobre la que debía ir pegada la gema.

Diámetro máximo: 23 mm.

Una hebilla de hilo de plata, que forma un óvalo, sobre cuyo diámetro máximo vuelve a pasar el mismo hilo.

Diámetro máximo: 45 mm.

Un mango de espejo, de bronce, que acaba en una cabeza de buey, de 23 cm. de longitud.

Un instrumento, probablemente una reja de arado, de cuerpo triangular, que por cada cara forma una especie de cresta, y con un mango perforado, de 22 cm. de largo y 6'50 de anchura máxima.

Las monedas. — Como hemos dicho, son en número de veintinueve, todas ellas de plata. A pesar de los muchos años transcurridos desde el hallazgo y su evidente interés arqueológico, no han sido publicadas hasta muy recientemente por Gómez Moreno.¹ Vives dió, para la publicación de las joyas por Bosch, una breve nota imprecisa y con errores, y al publicar su gran libro de numismática² citó este hallazgo, pero no lo utilizó, acaso por su desprecio de las dracmas, que llama imitaciones emporitanas. Nosotros, al dar la recopilación total de los hallazgos de Tivissa, las describimos de nuevo, teniendo presente el citado trabajo del insigne profesor madrileño, trabajo que no adolece de otro defecto si no es la prosa gongoriana, a la que cada vez muestra más afición el ilustre maestro. Eso, y el colocarse en el polo opuesto de Vives, que da letreros ibéricos sin intento de transcripción, mientras Gómez-Moreno da transcripciones sin copiar letreros; y aun sólo estas transcripciones al pie de una lámina.

El numerario de Tivissa consta de: Dos dracmas de EMIHOPITON; dos dracmas indígenas, imitadas de las de Emporion, sin leyenda inteligible; seis dracmas indígenas, imitadas de las de Emporion, con la inscripción $\text{H}\Lambda\text{H}\text{O}\text{X}\text{O}$; tres dracmas indígenas imitadas de las de Emporion, con la inscripción OX ; tres dracmas indígenas, imitadas de las de Emporion, con la inscripción $\text{V}\text{O}\text{O}\text{O}\text{N}\text{O}$; una dracma indígena, imitada de las de Emporion, con inscripción; una dracma indígena, imitada de las de Emporion, con inscripción; un trióbolo de los llamados ibéricos, con la inscripción $[\text{D}]\text{O}\text{Z}\text{H}\text{X}\text{O}$; otro trióbolo que, por las razones que se dirán, debe tener la misma inscripción, que sólo se rastrea; un óbolo de Massalia, con la inscripción AM; un óbolo indígena, imitación de los de Massalia, con las letras AO ; siete denarios romanos, seis con el letrero ROMA, y uno incuso.

1-2. Dracmas de EMIHOPITON. Son dos: la primera bien conservada, con la cabeza

1. GÓMEZ MORENO, Manuel: *Notas sobre numismática hispana*, en *Anuario del cuerpo ... de archiveros* ..., vol II, 1934, págs. 173-191.

2. VIVES Y ESCUDERO, Antonio: *La moneda hispánica*, Madrid, 1926, vol. I, pág. 27.

de Aretusa, rodeada de delfines en el anverso y el Pegaso volando, en el reverso, con la substitución de la cabeza del Pegaso por una figurilla de niño como sentado, cosa que en este ejemplar sólo se entrevé ya que el cuño fué dado con poca fortuna y sólo queda una parte de la cabeza. Debajo, la leyenda. La segunda tiene el anverso tan mal acuñado, que la cabeza de Aretusa sólo se adivina. El reverso, como en la anterior, igualmente con el cuño corrido.

3-4. Dracmas indígenas imitadas de las de Emporiton. La una tiene en el reverso, debajo del Pegaso, unas letras muy borrosas, en las que parece poder entreverse las letras ΠP . La otra, de cuño muy malo en el anverso, pero muy poco usada, tiene en el reverso la leyenda debajo del Pegaso, de letras tan pequeñas y mal impresas, que se nota sólo como una línea mal grabada, en la que no puede adivinarse signo alguno. En cambio, el niño que substituye la cabeza del caballo es muy claro. La deficiencia de la moneda se debe, acaso, más que al cuño, al metal, de aspecto bastante diferente, probablemente plata con fuerte adición de estado.

5-10. Seis dracmas de $\Pi\Lambda\Psi\Delta\chi\Delta$. Sus anversos no ofrecen particularidad, reproduciéndose la cabeza de Aretusa en tres cuños diferentes. En el reverso, el Pegaso y, debajo, entre sus patas, un pequeño lobo, muy bárbaro de factura, y en unas, la inscripción debajo del lobo, mientras en otras se corre más y las últimas letras quedan junto al pie del niño, que substituye el ocico del caballo. La inscripción $\Pi\Lambda\Psi\Delta\chi\Delta$, bien que en letras muy cursivas, en unas es bien legible, y en otras se interpreta, por paralelismo, de manera segura. Gómez Moreno lee *ILTIRDA*, interpretando la primera letra Π por Λ . Hill y Hübner darían la misma lectura, aproximadamente. La inscripción, dice, pues, *ILTIRDAR*, que no hay duda es *Ilerda*. La presencia en Tivissa de tan numerosas monedas ilerdensenses es bien natural, dada la situación de nuestro poblado a una distancia relativamente corta de la capital de los Ilergetas.

11-13. Tres dracmas de $\Theta\Upsilon$. Todas de cuños diferentes. En el anverso, la cabeza de Aretusa; en el reverso, el Pegaso, bastante estilizado y lejos de la bella traza de las dracmas legítimas de la ciudad griega. Dos de ellas tienen un pequeño delfín debajo del Pegaso, y la otra no. En éste, precisamente, las letras $\Theta\Upsilon$ son muy claras. Gómez Moreno soslaya la dificultad de copia e interpretación diciendo simplemente: «Hay dos grupos de a tres ... en el segundo, un ejemplar, a flor de cuño, parece posterior y omite un pequeñísimo delfín debajo del Pegaso», y nada más. Tampoco en su lám. II, en la que publica dos de los tres ejemplares, hace otra cosa que incluirlos en el epígrafe general de «Dracmas ibéricas».

14-16. Tres dracmas de $\zeta\theta\theta\theta\theta\theta$ CERTECUNTE. Los juzgamos de tres cuños. En el anverso, la consabida cabeza de Aretusa; en el reverso, el Pegaso, y debajo, la leyenda copiada; la última letra queda encima de las patas del caballo alado. Gómez Moreno lee CERTECUNTE, lugar no identificado.

17. Dracma de idéntico tipo monetar que las anteriores. Gómez Moreno, en la lámina de su trabajo, transcribe: «*Olosana catesesain?*», con un interrogante, y la refiere a Delgado, CXXXII, 159. Tampoco el lugar está identificado.

18. Dracma de igual tipo monetar, de ejecución muy bárbara. Gómez Moreno se limita a decir que (con la anterior): «corresponden a tipos bien conocidos», y remite a Delgado, CXXXII, 169.

En la lámina no pasa de clasificarla entre las «Dracmas ibéricas».

19-20. Dos trióbolos de $[\Psi]\theta\chi\chi\theta$. Uno de ellos (Vives, lám. VI-2) tiene, en el anverso, cabeza laureada de Hércules con clava, a la izquierda; delante, roseta estrellada y el signo Γ ; anverso: Minotauro, delante media luna, encima, en una cartela, la ins-

cripeión, y sobre ella, una roseta estrellada. Se lee comúnmente ARSETR (Heiss) o ARSGITAR (Gómez Moreno), y es moneda de ARSE, o sea Sagunto. La segunda, peor conservada, tiene un anverso semejante, y en el reverso, un toro corriendo, y debajo, la misma leyenda, en nuestro ejemplar ilegible por ser el cuño del reverso muy deficiente.

21. Óbolo de Marsella. En el anverso, cabeza juvenil a la derecha; en el reverso, la rueda massaliota, un cuartel vacío; en otro, tres puntos; en los otros dos, una A y una M, iniciales del nombre de la gran colonia griega, pero en orden invertido. Tipo corriente, bien conservado.

22. Óbolo indígena, imitación de los de Marsella. En el anverso, la cabeza juvenil, muy bárbara; en el reverso, la rueda, pero incompleta y formando sólo tres compartimientos. En uno, la figurita de un lobo; en otro, un creciente, y en el tercero, la letra Λ . Se ha dicho sea una imitación itálica de los óbolos marselleses, por la figurita de lobo; pero la citada letra no es una Λ inicial del nombre de la ciudad del Segre. (V. Vives, págs. 14-15).

23-29. Siete denarios romanos. Son del tipo de los Dioskuros en el reverso, y de los antiguos, o sea sin nombre de familia en el exergo, donde sólo figura la palabra ROMA. Uno de ellos es incuso, teniendo en el reverso, en esta forma, la cabeza con casco alado, personificación de la ciudad. Otro, lleva un creciente entre las cabezas de los Dioskuros, y un tercero, una Victoria coronando campea detrás de los guerreros míticos.


El hallazgo monetario de Tivissa tiene gran interés por tres conceptos diferentes: Por un lado, sirve de base cronológica para determinar la fecha de destrucción del poblado y, por lo tanto, para datar todos los hallazgos efectuados en el mismo; por otro, ofrece un interés propiamente numismático; por fin, es interesante para vislumbrar las comarcas que mayores relaciones guardaban con el Bajo Ebro.

Las dracmas emporitanas y sus imitaciones ibéricas nos reportan al siglo III a. de Jesucristo; lo mismo pasa con las dos monedas saguntinas que Gómez Moreno supone «corresponderán a un período autónomo, después de la destrucción de la ciudad por Haníbal». Los denarios romanos de tipo antiguo nos sitúan en una fecha semejante, pero el hecho de circular con relativa abundancia, como demuestra su número dentro del conjunto monetario de Tivissa, hace suponer que la conquista romana había empezado ya y que, por lo tanto, el tesoro fué oculto a finales del siglo III o comienzos del II a. de J. C., fecha que correspondería a la destrucción del poblado, que debió perecer a consecuencia de las campañas de la segunda guerra púnica o de las campañas de Catón, mejor en éstas por la presencia misma del numerario romano.

Numismáticamente, el mayor interés reside en la cantidad grande de monedas ibéricas imitadas de las dracmas de Emporion. Se trata de monedas acuñadas por diferentes ciudades indígenas, adoptando los símbolos de las de Emporion, pues esta ciudad era, pese a la pequeñez demostrada por las excavaciones, la primera plaza mercantil griega de la Península.¹ Gómez Moreno comenta, con gran maestría, la forma cómo han sido estudiadas estas monedas. Después de decir que si prescindiésemos de leyendas y de detalles, todas las monedas ibéricas con cabeza viril y caballero al galope podrían ser atribuidas a una

1. Casi nos atreveríamos a decir que Rhode y Emporion fueron las únicas colonias verdaderamente tales, fundadas por los griegos en las costas de la Península, ya que no sólo son las únicas de las que se han encontrado restos (y los de Rhode bien escasos), sino casi las únicas cuyo nombre ha sido conservado por la toponimia (la interposición de Malaca entre Mainake y Málaga quita valor a la identificación toponímica y aun hace dudar de la existencia de Mainake), y, especialmente, las únicas de las que se han conservado monedas acuñadas por ellas mismas (y, más tarde, imitadas por cecas indígenas). Si las hipotéticas Hemeroskopeion y Mainake llegaron a existir, debió ser por breve tiempo y su importancia escasísima. Lo corrobora el hecho de no haberse descubierto ni una moneda de su acuñación, ni una imitación indígena (bien que las ciudades indígenas sólo batieron moneda cuando aquellas factorías, al parecer, ya no existían).

sola ceca, añade: «Pues así se procede con las dracmas del Pegaso provistas de leyenda ibérica y contraseñas varias: se las reúne sin atender a esto, que es lo individual, anteponiendo lo genérico. Mejor sería ordenarlas separadamente, conforme a sus letreros y símbolos distintivos, y reconocer en ellas todo un ciclo numismático, predecesor de aquel otro con jinete, y sin más enlace con Emporion que haber copiado, a favor de su crédito comercial, el tipo del Pegaso. Y parece natural luego la desaparición de esta moneda, ante el denario romano de 3'90 gramos, porque siendo inferior este peso al de la dracma, era buen negocio reacuñar en denarios las dracmas viejas que el comercio ofrecería como equivalentes. Esto puede explicar su rareza; más el tesorillo de Tivissa acredita un predominio, al tiempo de su ocultación, sobre el denario con los Dioskuros y antes de surgir el jinete ibérico. Aun atendiendo a las fechas 198-180 a. J. C., en que Tito Livio alude al *oscense argentum*, recogido por el fisco romano en cantidades enormes, podemos creer que a dichas dracmas alude...» Este es, en efecto, el método lógico de trabajo, y hay que rechazar en absoluto el sistema seguido por Vives con su tarabilla de las imitaciones galas, aplicada a monedas encontradas en la Península y con letras ibéricas, y muchas de las cuales aluden a localidades bien conocidas, como Ilerda.


Nada más normal que el hallazgo en fuerte predominio de dracmas ilerdensas, al lado de denarios romanos y dracmas emporitanas, y junto a otras de localidades inidentificables y desconocidas. La ausencia de monedas de  (Cese-Tarraco) se explica por haber desaparecido el poblado antes de que empezasen las acuñaciones de esta ceca.

EL SEGUNDO HALLAZGO

El segundo hallazgo de Tivissa consistió en un bronce indudablemente votivo representando una yunta de bueyes uncidos por los cuernos, tres monedas y otros dos pequeños objetos (lám. IV y fig. 2).

Los dos indicados bueyes son de factura bastante rudimentaria, pero de un gran interés e incluso valor artístico. La cabeza es lo mejor representado; los ojos, muy salientes; el hocico, bien marcado, en especial las narices, así como las orejas. El yugo va atado con cuerdas a los cuernos, que son cortos; las patas, rígidas; el cuerpo, delgado; la cola, larga y batiendo sobre el lomo. Es el primer bronce votivo encontrado en Cataluña.¹

Monedas y otros objetos acompañantes a la yunta de bueyes (fig. 2)

Tres monedas fueron encontradas, al parecer, con la yunta de bueyes. Son un denario romano del tipo de los Dioskuros en el reverso y la leyenda ROMA; una dracma indígena, imitación de las de Emporion, con el Pegaso en el reverso, con la cabeza del caballo substituída por el niño sentado, pero cuyo mal estado de conservación impide interpretar la leyenda; y una moneda de bronce de  o sea Ilerda, llevando en el reverso el caballero con la palma. Estas monedas refuerzan, sin variar su contenido ni las conclusiones de él derivadas, el primer hallazgo monetario de Tivissa.

Además, fueron adquiridos en el mismo lote, un glante de plomo y una fusayala de barro.

1. El señor Telesforo de ARANZADI publicó este bronce en su memoria: *Acerca de un yugo ibérico*, en las *Memorias de la Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*. Por cierto que lo mismo la noticia de su existencia, que la fotografía publicada, y todos los demás datos referentes a este hallazgo, fueron proporcionados por nosotros al ilustre antropólogo vasco, el cual se «olvidó» de consignarlo. En el momento de la citada publicación, el bronce era de nuestra propiedad, pues, falto el Servicio de Investigaciones de los fondos necesarios (esto sucedía en 1923), hubimos de avanzar de nuestro peculio el precio de coste, que tan sólo mucho más tarde nos fué reintegrado.



Fig. 2. — Monedas aparecidas juntamente con la yunta de bueyes de la lám. IV (1/1)

1. Dracma indígena, imitación de las emporitanas. 2. Moneda de Herda. 3. Denario romano.

EL TERCER HALLAZGO

Indicadas sus circunstancias, diremos que constaba de los siguientes objetos de plata: cuatro páteras, diez vasos y fragmentos de otro, y dos brazaletes. Además, un pequeño vaso cerámico.

Pasemos a hacer un avance de su estudio empezando por las páteras.

Pátera de la representación votiva (figs. 3 y 4, y láms. V-VIII)

Empezaremos el estudio de los temas figurados a partir del que puede considerarse como representación más relacionada con el carácter votivo del vaso, siguiendo después la descripción de derecha a izquierda. Denominaremos esta pátera con el nombre de «pátera de la descripción votiva».

Vemos representado un personaje, sentado en un sillón con respaldo y brazos y precedido de un escabel, delante del cual otro personaje, de talla mucho menor, hace una genuflexión. Tiene este último el brazo izquierdo levantado, mientras que con la mano derecha roza la rodilla del personaje sedente. Éste tiene en la mano derecha un pequeño disco que parece acaba de recibir del otro (o va a entregárselo, aunque nos parece más probable lo primero). Esta relación parece deducirse de la posición de los brazos de los dos personajes, bien que el utilizar, el genuflexo, la mano izquierda, no es normal, y sólo debe obedecer a la falta de maestría del dibujante. Opinamos que se trata de la representación de la escena de la ofrenda del dedicante a la divinidad. El disco, aunque de dimensiones muy reducidas, ¿podría acaso querer representar una fiale como esta en que está grabada la escena?

Así, pues, el personaje sedente sería una divinidad, y el personaje genuflexo, el dedicante. Respecto al primero, es bien sabido cuán difícil resulta bautizar las divinidades ibéricas. Si establecemos una comparación con los huéspedes del Olimpo helénico, vemos que son muchas las divinidades que con frecuencia aparecen sentadas, pero Zeus es el que más frecuentemente ocupa un sitial. Es posible se trate de un Zeus local, a la manera



Fig. 3. — Pátera de plata de la representación votiva (diámetro, 17 cm.).
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa)

que otras divinidades indígenas son asimiladas por los romanos a su Júpiter. Sería acaso mejor decir que el artista se inspiró para dibujar este personaje en la representación de un Zeus (o acaso de un Dionisos), sacado de algún vaso griego. Por otro lado, ningún atributo permite precisión de ningún género.

El asiento es un verdadero *tronos*, con su respaldo y sus brazos. Entre los griegos, la silla con respaldo, pero sin brazos, y la silla de tijera, sin ninguno de estos aditamentos, son las formas comunes de los asientos que vemos representados abundantísimamente en los vasos pintados, relieves, etc.; pero el *tronos* es relativamente raro, a diferencia de lo que pasa en las representaciones orientales, donde las divinidades y los reyes muy frecuentemente aparecen sentados en tronos. De todas maneras, hay bastantes ejemplos para que no pueda decirse se trate de nada excepcional. El asiento de nuestra fiale es de respaldo ligeramente inclinado; una serie de pequeñas líneas en zigzag quieren denotar la rica deco-

ración que imaginaba el artista, pero que no era capaz de reproducir; el brazo baja con fuerte inclinación hasta unirse con el asiento. El escambel o *scannum* sobre el que reposan los pies del personaje, representado algo de frente, es difícil decir si forma o no una misma pieza con el sillón.

La supuesta divinidad va con el torso desnudo y cubierto el resto del cuerpo con un ropaje marcado por unas finas líneas onduladas; los pies, de los cuales sólo uno está bien indicado, están desnudos; la cara, sin ninguna pilosidad; en la cabeza, puesta de perfil, se marca el cabello, pero éste termina en una línea o cinta, lo que hace asemejar este tocado a un casquete, sistema de figuración bien ibérico e igual a los que veremos en las otras figuras del mismo vaso; todo el personaje es voluminoso. Estos pocos detalles concuerdan perfectamente con la idea de que el modelo ha sido un Zeus.

El dedicante, como hemos dicho, es mucho más pequeño; su talla no llega ni a la mitad de la del dios. Parece una figura de niño ante un hombre corpulento. Esta desproporción tan fuerte es frecuentísima, típica, del arte oriental, pero en cambio muy poco griega. Los griegos habían llegado a poseer una tan clara visión de las proporciones, que difícilmente se dejaban llevar de la solución pueril de simbolizar el poder o la categoría en el tamaño de los personajes (hablamos siempre de las soluciones ordinarias). Y así vemos que las figuras de los dioses o de los héroes se confunden, en cuanto a sus medidas, con las de los personajes anónimos. En el arte ibérico la desproporción de medidas de los personajes representados en la misma escena es frecuente, pero no responde a una volición consciente ni al intento de establecer diferencias entre los seres representados, sino que es un producto de su infantilismo, de su *gaucherie*.

Este personaje va únicamente vestido con una especie de faja o taparrabos, y en la cabeza se indica un casquete. La cara, impoluta, como la de todas las figuras de la pátera, trasunto de la moda ibérica de llevar la cara rasurada.

Encima de él, mirando a la izquierda, se dibuja un pequeño jabalí. Esta figura y otras semejantes no creemos tengan nada que ver con las escenas, sino que es el producto del «horror vacui» de los iberos. Su dibujo es perfectamente típico del arte indígena, aunque mucho más perfecto que el de los jabalís del vaso de Archena. Series de líneas en espiga indican el pelo.

A la izquierda, aparece un curioso personaje en cuclillas y visto de frente. Está muy bien dibujado, en una posición difícil de representar. Los pies divergen, como las rodillas, con un gran verismo; los codos se apoyan en éstas, y la cabeza, en las manos. No parece tener relación con otras figuras. Una serie de líneas onduladas van del pecho a los pies, representando esquemáticamente un vestido, pero los pies son desnudos. La cara es vista bien de frente, cosa poco común, tanto en el arte griego como en el ibérico. En la cabeza, representación del cabello, sin que lleve la cinta o ceñidor.

Debajo, otro jabalí, mirando a la derecha, semejante al descrito anteriormente, pero

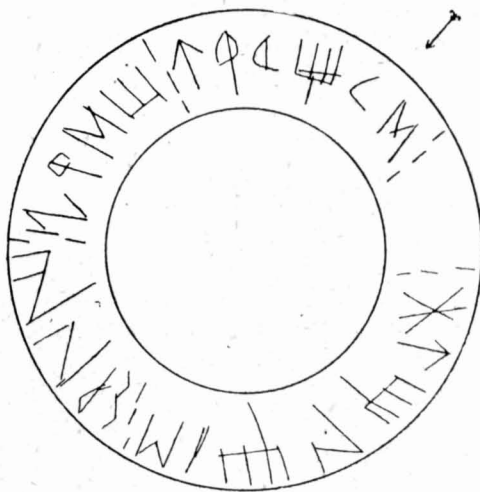


Fig. 4. — Inscripción del reverso de la pátera de la representación votiva (1/1)

con la defensa muy bien marcada, y a la izquierda queda un tercero (mirando también a la derecha), con el colmillo igualmente bien dibujado, pero casi sin ninguna indicación del pelo.

A partir de aquí, y en la escena que ahora describiremos, las indicaciones en el interior de las figuras desaparecen en su mayor parte, dando la sensación, comparativamente al resto, de que esta parte del vaso no fué acabado. Vemos ahora un caballero que, armado de escudo y lanza, puesta horizontal, en posición de ataque, avanza hacia la izquierda. La lanza, que podría ser mejor un soliferreo, la sostiene con su derecha, que, torpemente dibujada, nace del cuerpo de manera absurda y pasa por detrás de la cabeza del caballero y del caballo. Hemos dicho podría ser un soliferreo, porque el caballero no la sostiene en la posición normal de la lanza, debajo del brazo, sino cogida con la mano y el brazo doblado como si fuese a arrojarla. Con la izquierda, no visible, sostiene el escudo, que es de La Tène, ovalado-apuntado, y por debajo de éste sobresale el pie descalzo. En la cabeza, representada la oreja y el cabello en forma de casquete. El caballo, sólo en la cola tiene indicación del pelo. Las riendas y el bocado, bien figurados. La posición de las patas es de galope. La figura, lo mismo la del hombre que la de la bestia, caen plenamente dentro del marco ibérico.

Este caballero parece acometer un gran carnívoros (¿lobo?, ¿león?), que a su vez ataca un grueso jabalí, que tiene vencido debajo. El jabalí aparece con las patas dobladas y la corta cola levantada, ya como indefenso, y encima de él el carnívoros clava sus fauces en el lomo, presentando su cabeza de frente, mientras que con las patas delanteras lo oprime: la cola de esta bestia es larga y pasa por detrás de las patas traseras, para reaparecer debajo del vientre. El jabalí tiene sólo sombreada la cola, y el carnívoros, la cabeza, cuello, pata delantera visible y cola. Esta representación y forma de ataque, y especialmente la cabeza del carnívoros vista de frente, son muy comunes en el arte griego, pero de tipo arcaizante.

En un pequeño espacio que queda libre encima de la cola del jabalí, un gato echado con la cabeza vista de frente y representación completa del pelo.

A continuación de esta escena de caza y lucha, viene otra que comparte la primacía con la de dedicación descrita. Se trata de una escena de sacrificio.

Tres personajes toman parte en él. Son genios alados; el central, el verdadero sacrificador, oprime entre sus rodillas un cordero; con una mano en el ocico de la víctima, la obliga a levantar la cabeza, mientras que con la otra, armada con un gran cuchillo, se dispone a inmolarla. Los otros dos genios, uno a la izquierda y otro a la derecha, acompañan la ceremonia. El de la derecha está junto a un instrumento con pie y brazos, terminado en una especie de punta, seguramente un *turibulum*, *Θυριακτήριον*, o quemador de perfumes, que coge con la siniestra, mientras que la diestra, mal representada, se aproxima a la punta del quemador. Éste, por las líneas que lo adornan, quiere ser un objeto de gran riqueza. De él se desprende, de una manera convencional y poco clara, una rama, sobre la que está puesto un pájaro de buen tamaño, que podría tener un papel semejante al del citado gato: llenar un espacio simétricamente a aquél. Sus caracteres ornitológicos son poco claros para que quepa una determinación específica. El genio de la izquierda sostiene con su mano siniestra un ramo de olivo (?) y con la diestra un vaso con asa, de apariencia cerámica y cuya forma no difiere sensiblemente, p. e., del vasito de barro encontrado junto con el tesoro que describimos, bien que su tamaño sea mayor, dada su proporción respecto de la figura que lo sostiene. Otro ramo, semejante al anterior, pero algo más grande, sale de detrás del vaso, y seguramente quiere representar una ramificación del primero.

De los tres personajes que llamamos genios, dos, el sacrificador y el quemador de perfumes, llevan en el tórax una prenda de vestir representada por líneas onduladas que

descienden desde debajo de los brazos hasta mitad del muslo. En el sacrificador, se detiene netamente a mitad del muslo izquierdo, que es el único visible por una línea horizontal, pero desciende por delante y por detrás hasta sus pies. Estas diferencias, más que detalles indumentarios son descuidos del grabador. El ofrendante de olivo lleva un cinturón ancho semejante al del pequeño personaje genuflexo. Los tres tienen alas, con perfecta indicación de las plumas, y en la cabeza está representado el cabello en la forma típica de casquete e indicación del lóbulo de la oreja. La forma y longitud de los lóbulos de las orejas de casi todos los personajes representados, que a veces parecen un mechón de pelo que desciende hacia la mejilla, hace pensar que muchos de ellos llevaban pendientes. Esta escena de sacrificio, tan completa, tiene sabor griego por la forma de sujetar el cordero y la posición de éste, pero lo tiene ibérico por lo torpe de las figuras, bien que hay que observar que no conocemos en el arte ibérico genios alados, abundantes, en cambio, en el griego y más aún en el oriental.

V llegamos a la última figuración, situada a espaldas del sillón ocupado por la supuesta divinidad. Es ésta otra representación excepcional: un centauro. La parte equina, que comprende incluso las patas delanteras, es de dibujo semejante al del otro caballo que aparece en la pátera, bien que todo el cuerpo aparece relleno de rayitas en espiga representando el pelamen; la parte humana semeja exactamente la de los otros personajes, con el casquete de cabello y la nariz formando línea con la frente. Debajo del monstruo, otro pequeño jabalí de relleno, y encima, un gato gemelo del descrito, pero con la cola mejor representada. En este lugar, la pátera tiene dos pequeñas roturas: una que ocupa un trozo del lomo del centauro y parte del gato, que no estorba en nada; pero la otra, inmediatamente delante del centauro, impide interpretar claramente unas líneas que allí existían, y que en su estado actual parecen dibujar algo así como un ramo.

La filiación indígena de esta obra de arte nos parece bien clara. La factura de las figuras: los jabalíes, el caballo y el caballero, etc., no deja lugar a dudas; pero al mismo tiempo, la inspiración en obras griegas, probablemente cerámicas, tampoco es dudosa: la escena de sacrificio, los genios alados, el centauro, la forma de atacar la fiera al jabalí. Además, hay que observar un cierto carácter arcaizante y oriental de estos temas, lo que podría ilustrarnos sobre la procedencia de los prototipos que sirvieron de modelo. No hay que olvidar que Emporion era indirectamente una colonia foca.

La técnica de la obra consiste en un trabajo al buril, aplicando laminillas de oro sobre todas las figuras. Todo alrededor corre una representación de las llamadas olas, igualmente con aplicación de oro.

En el centro, después de un aro en relieve decorado a intervalos regulares por grupos de tres líneas transversales, en alto relieve, un emblema con una magnífica cabeza de león, que formaba cuerpo independiente soldado a la pátera. El indicado aro semeja un brazalete de tradición hallstática, y la cabeza de león tiene un vigor y belleza excepcionales.

En el anverso, la inscripción que reproducimos en la fig. 3 y hemos publicado en otro lugar.¹

Pátera de los peces (fig. 5 y lám. XII)

Es de técnica igual a la de la pátera de la representación votiva; es decir, trabajo a buril y aplicación de laminillas de oro. En la parte central, dibujo fitomorfo a base de espirales. En la faja, alrededor, dos pulpos estilizados y tres peces mirando a la izquierda,

1. J. de C. SERRA RÁFOLS, *Notes inscriptions ibériques*, en *Annuaire de l'Institut d'Etudes Catalanes*, VIII, años 1927-1931.



Fig. 5. — Dibujo de la pátera de los peces.
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa)

de dibujo correcto y con representación de las escamas, dispuestas asimétricamente. El umbo central, liso, pero formando saliente. Por el tipo de las espirales, la juzgamos obra de arte indígena, inspirada en motivos helénicos.

Pátera de la cabeza de lobo (lám. X)

Lisa toda ella. El interés reside en el umbo, trabajado en alto relieve, pero en la misma pieza que la pátera, a diferencia de lo que sucede en la pátera votiva. En este umbo, tras dos cuerdas en relieve entre las cuales hay un motivo de ampollas, sobresale una cabeza de lobo con las orejas tiesas, y en ellas, bien representado, el pelamen; el hocico, muy naturalísticamente figurado, al contrario de los dientes, apretados, que son un simple zigzag. La estilización se acentúa en una especie de collar con dentillones triangulares, que rodea toda la cabeza, separando las orejas del resto de la faz, pero que no le quita valor de arte.

Hemos dicho representaba un lobo, pero podría ser igualmente un perro. Por el parentesco de su umbo con el de la pátera votiva, la juzgamos indígena. De todas maneras, no se puede rechazar en absoluto una filiación helénica.

Pátera de las cuadrigas (lám. XI)

En muy mal estado de conservación se mantienen el aro del borde, el umbo y una docena de fragmentos de la faja figurada, que vienen a cubrir sus dos terceras partes. Pero este estado lamentable no priva conocer perfectamente sus representaciones, por ser muy simples a pesar de su riqueza. Hay, en efecto, tres cuadrigas casi gemelas. Los caballos, al trote, con una de las patas muy levantada, contenidos por las riendas de los áurigas. En cada carro (se conserva totalmente uno, parte de otro y únicamente una rueda del tercero) va el áuriga manteniendo las riendas, y un personaje con el torso desnudo y una varita terminada con una paloma con las alas extendidas, apoyada en el hombro. En el carro mejor conservado aparecen las dos ruedas en una perspectiva convencional; lo es, asimismo, la de los caballos de las cuadrigas, en la forma clásica de sobresalir uno tras de otro. Detrás de uno de los carros (y de haberse conservado, seguramente en todos) vuela un pájaro. En un pequeño fragmento conservado suelto, parte de la representación de un sol. El umbo central, liso y muy aplanado, rodeado por una zona de palmetas.

Esta pátera difiere diametralmente de las otras descritas. Toda la decoración está repujada en bajorrelieve. Su arte es exclusivamente griego, lo mismo en la composición general que en todos los detalles, hasta en los más mínimos (pájaros volando tras de los carros); basta contemplar el tipo de los caballos para comprender cuán lejos estamos de todo lo ibérico. Obra que juzgamos helenística, importada de Italia o de Grecia, probablemente pasando por Emporion, adquirida por un indígena y ofrecida votivamente.

Las joyas (lám. XII)

Las joyas, propiamente tales, en el tercer hallazgo de Tivissa, son muy escasas, pero no sin interés. Son no más que dos brazaletes: uno formado de tres hilos de plata arrollados en espiral unos con otros y que se adelgazan y se unen en sus extremidades hasta formar un todo; y el segundo, es una cinta de plata, plana interiormente y convexa por el exterior, que viene a formar quince espirales de 65 mm. de diámetro, y que en sus extremidades termina en sendas cabezas de serpiente. Ambos ejemplares tienen factura indígena. El primero es del mismo tipo que los encontrados anteriormente en Tivissa y que hemos descrito, y el segundo tiene un paralelo exacto en el tesoro de Perotitos (Jaén).

Los vasos

El conjunto de los vasos propiamente dichos de este hallazgo, está formado por diez ejemplares y fragmentos de otros, de cuyos fragmentos sólo uno es algo importante, ya que comprende toda la parte superior del vaso. Los diez ejemplares citados no son todos ellos completos. En la mayor parte falta algún trozo y todos ellos aparecen más o menos abollados o totalmente chafados. Se pueden clasificar en cuatro grupos: *copa*, un ejemplar; *vasos lisos* (tan sólo a veces con una ligera decoración en el borde), cinco ejemplares; *vasos con repujado sencillo*, un ejemplar y el fragmento citado; *vasos repujados*, tres ejemplares.



1.º *La copa* (lám. XVI). — Está formada por un cubilete semiesférico, soldado encima de un pie cónico y con dos asas filiformes, retorcidas hacia arriba, soldadas igualmente. El cuerpo es liso, pero en el pie hay una decoración repujada de ovas encima de un cordón, y en la parte inferior, doubles circulitos concéntricos unidos por líneas inclinadas de puntos. En la parte de las asas que se adhiere al vaso, y que tiene forma de hoja lanceolada, hay un doble circulito concéntrico y unos puntos que resiguen el contorno.

2.º *Vasos lisos* (láms. XIV, XV y fig. 2 de la XVI). — Responden a una misma forma con ligeras variantes: vientre semiesférico, sobre-pié poco marcado, cuello alto, con perfil en segmento de círculo hasta constituir la parte principal del vaso; borde abierto o saliente; en alguno (lám. XIV, fig. 1), el pie casi desaparece; en otro (lám. XIV, fig. 2), el cuello tiene perfil poco menos que recto, y el borde es poco acusado o muy plano. Los ejemplares de las láms. XV, fig. 1, y XVI, fig. 2, son los de perfil más elegante, pero tampoco son iguales, pues el de la lám. XVI, fig. 2, tiene el vientre más alto, y la unión del vientre y el cuello es roma. Un cordoncillo o unas ovas resiguiendo el borde forman toda la decoración. El ejemplar de la lám. XIV, fig. 2, tiene en el exterior grabadas unas líneas, que podrían ser letras ibéricas. Respecto a la filiación de estos vasos, diremos lo conveniente después de las indicaciones sobre los siguientes.

3.º *Vasos con repujado sencillo* (lám. XVII). — El solo ejemplar relativamente completo tiene una forma que no difiere de los descritos, pero menos esbelta. Un cordón repujado acusa el saliente de separación de vientre y cuello, y otro cordón del mismo tipo, pero más grueso, se inserta a los dos tercios del cuello. Unas ovas, como en los vasos anteriores, resiguen el borde. El fragmento de la lám. XVII, fig. 2, debe corresponder a un vaso del mismo género (aunque podría ser de un vaso como el de la lám. XVIII, fig. 2, que incluimos en el grupo siguiente).

4.º *Vasos repujados* (lám. XVI, fig. 1, y lám. XVIII). — De los tres ejemplares que forman el grupo, uno tiene una decoración más simple y corresponde al tipo poco esbelto (lám. XVIII, fig. 2). Igualmente que los vasos del tercer grupo, tiene un cordón repujado en el ángulo de contacto del fondo y las paredes, y otro más arriba; pero en el vientre, que en este vaso casi se podría llamar fondo, pues es muy bajo, están repujadas una serie de hojas alargadas dispuestas verticalmente. Los otros dos ejemplares, el uno esbelto y de borde muy saliente (lám. XVI, fig. 1), y el otro achatado y macizo (lám. XVIII, fig. 1), tienen decoración más rica y similar, bien que no hay ningún motivo exactamente igual. De arriba abajo vemos, todo en repujado, una faja de espirales, un cordón repujado, un espacio sin decorar, otro cordón, una faja de hojitas dispuestas en espiga, un tercer cordón (en el vaso, esbelto, doblado); y ya en el vientre, un motivo alternado de hojas lanceoladas con la punta hacia arriba y frutos con el mango hacia abajo; estos frutos, que tal vez quieran representar únicamente bellotas, unos, en alternancia, son lisos, y los otros mitad lisos y mitad reticulados, que es lo que hace pensar en los frutos de la encina; pero en este caso el tallo está invertido, pues debería estar unido a la parte reticulada, contra lo que aquí acontece.

El vaso de la lám. XVI, fig. 1, tiene en la parte exterior del fondo la inscripción ibérica de la lám. XIX, fig. 1.

¿Cuál es la filiación de estos vasos argénteos? El problema nos preocupó desde el primer momento, y véase el resultado de nuestras observaciones.* En nuestra Península encontrábamos paralelos en vasos de metal, en los de Salvacañete¹ y otros muy abundan-

1. Juan CARRÉ, *El tesoro de plata de Salvacañete (Cuenca)*, en *Archivo español de Arte y Arqueología*, XII, 1936, pág. 151 y siguientes.



Poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa)

La entrada vista desde el interior, y punta del espolón de la torre meridional.

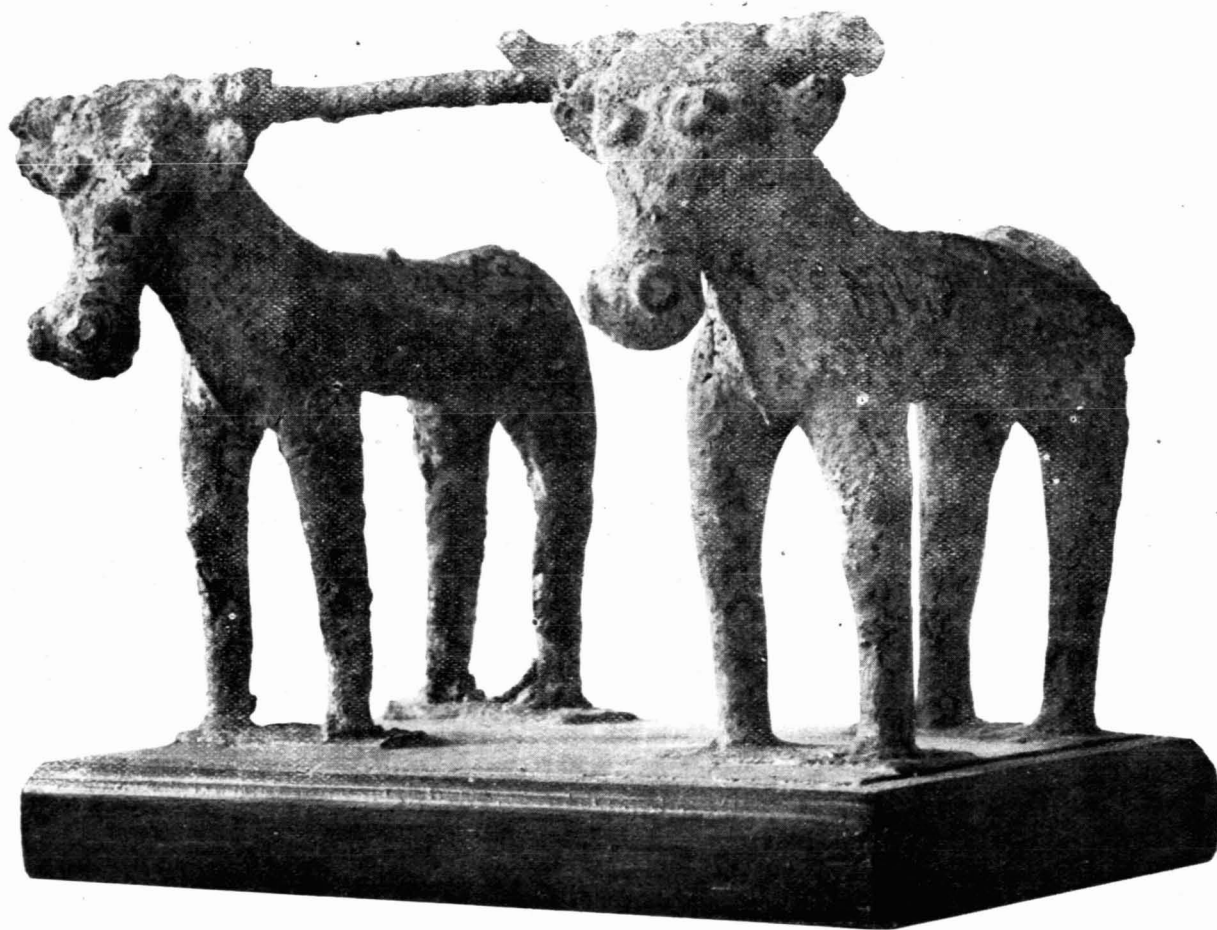


Poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa)

Fragmentos de muro de adobes, prolongación de las torres meridional y septentrional.
En el fondo de la fotografía inferior, se ve el Ebro corriendo al pie del Castellet.



Poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa)
Torre septentrional, y su interior.



Yunta de bueyes, de bronce (1/1)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.).



Pátera de plata de la representación votiva (diámetro, 17 cm.)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Detalle de la pátera votiva. Fragmento con la escena de la ofrenda, y a la derecha, el centauro.
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Detalle de la pátera votiva. Fragmento de la lucha de animales y el caballero con lanza.



Detalle de la pátera votiya. Fragmento de la escena de sacrificio con los genios alados.
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



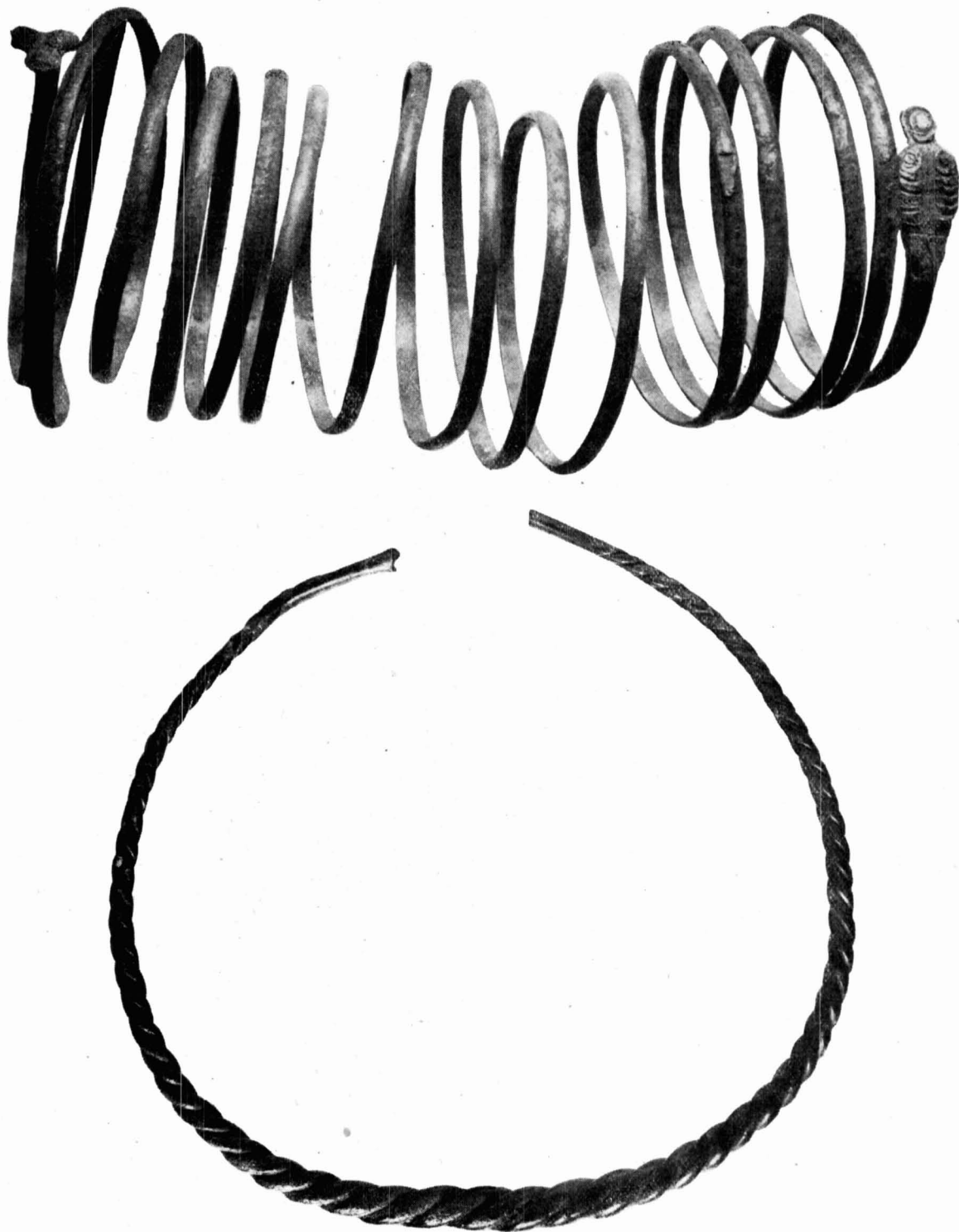
Pátera de plata de los peces (1/1)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



• Pátera de plata de la cabeza de lobo (diámetro, 15'6 cm.)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Pátera de plata de las cuadrigas (diámetro, 15'8 cm.)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Brazaletes espiraliforme y torques de plata (1/1)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Copa de plata (diámetro de la base, 7 cm.)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Vasos de plata lisos (tamaño algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Vasos de plata (tamaño algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)





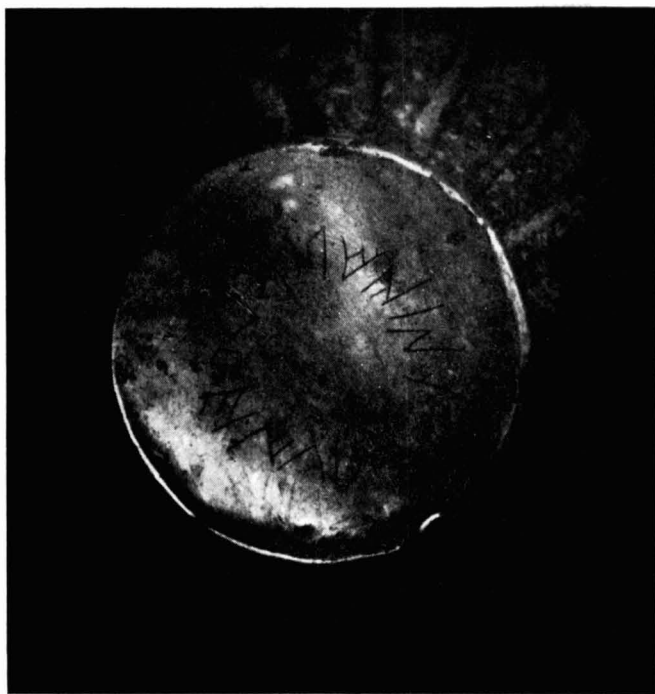
Vasos de plata decorado y liso (tamaño algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



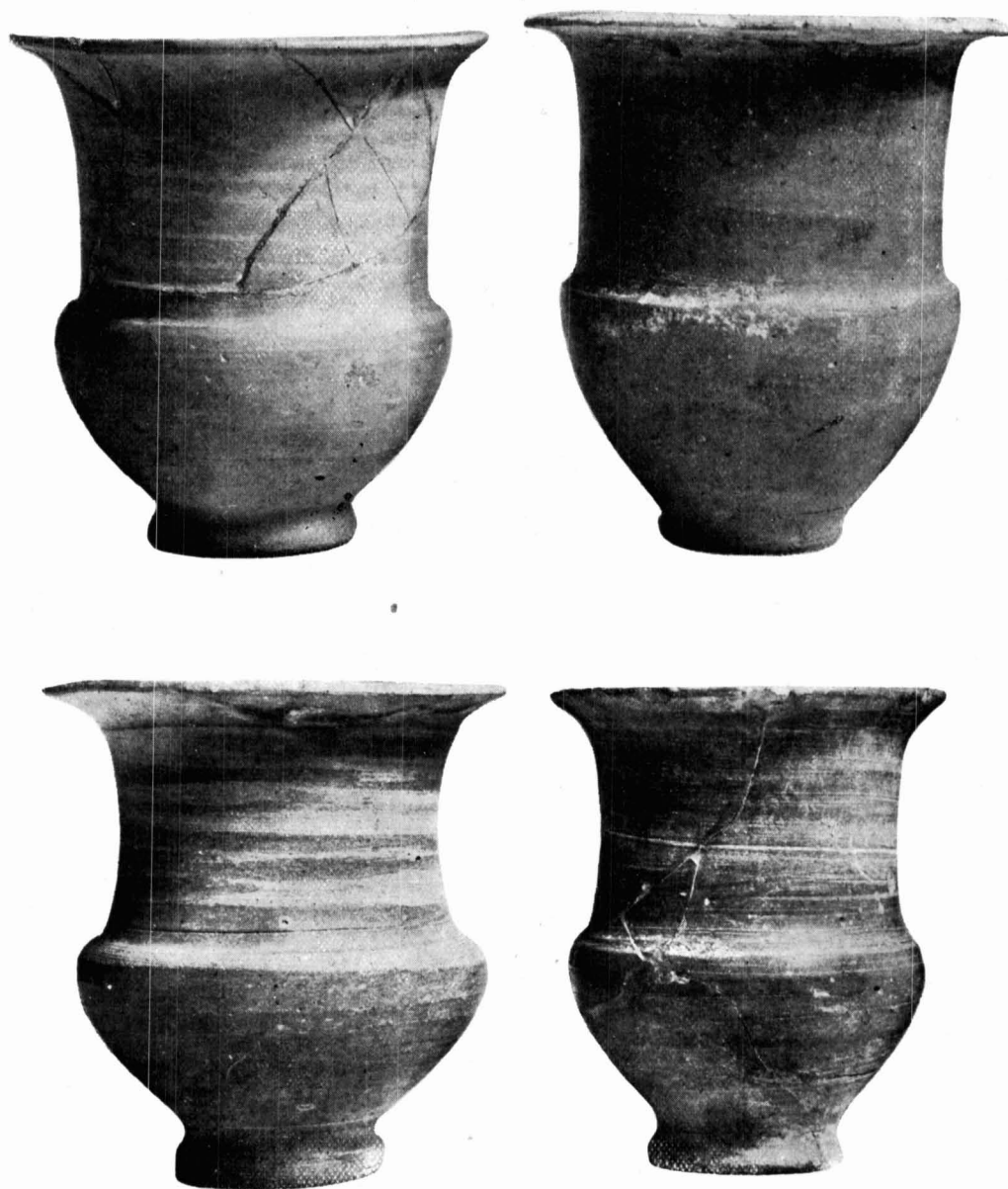
Vaso de plata y fragmento de otro (tamaño algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Vasos de plata decorados con relieves (tamaño algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Inscripción ibérica en el fondo exterior de un vaso de plata y vasito cerámico hecho a mano
(la primera, al tamaño doble del natural, y el segundo, algo superior al natural)
(Poblado ibérico del Castellet de Banyoles-Tivissa.)



Vasos cerámicos del poblado ibérico de Sidamunt (4/5)



1-2. Vasos cerámicos del poblado ibérico de Sidamunt (4/5).

3-4. Vasos cerámicos del poblado ibérico de Sant Antoni de Calaceit (Bajo Aragón) (4/5).



Vasos cerámicos : 1. Santuario de La Luz (Murcia). 2. Poblado ibérico de Valls (4/5).



Vaso de plata de la isla de Ithaca, según STACKELBERG (1/1)

tes en vasos cerámicos. Estos paralelos son especialmente numerosos en Cataluña, en lugares bien poco alejados de Tivissa. En el poblado de Sidamunt (Pla d'Urgell) vemos ejemplares tan característicos como los de las láms. xx y xxi, figs. 1 y 2, los cuales son de un tamaño semejante a los nuestros. En el poblado de Valls, el de la lám. xxii, fig. 2. En el de Sant Antoni de Calaceit, en el Bajo Aragón, los de la lám. xxi, figs. 3 y 4, que llevan decoración pintada. Por fin, procedente de La Luz (Murcia), tenemos el ejemplar de la lám. xxii, fig. 1. Los ejemplos podrían seguramente multiplicarse.

Ante ello no habría vacilación posible. Los vasos de metal y los de barro tendrían idéntica filiación y todos ellos serían indígenas. Pero examinando hallazgos extranjeros de vasos argénteos en busca de paralelismos, dimos con el vaso encontrado en la isla jónica de Ithaca, hace muchos años¹ (lám. xxiii), y que, pese a su mayor esbeltez y a algunas diferencias de detalle, ofrece un maravilloso paralelo con los nuestros repujados, especialmente con el de la lám. xvi, fig. 1. El simple examen de los dos grabados alejará toda duda, y no es posible que tal identidad sea fruto de una mera coincidencia. Ahora bien, pese a la semejanza de perfil, opinamos que los vasos lisos tienen su prototipo en los cerámicos citados y que los decorados son copias indígenas de un prototipo helénico. Lo grosero de nuestros ejemplares comparados al vaso de la patria de Ulises, muestra una mano menos hábil en el arte toréntico, pero que supo dar una buena copia del ejemplar jónico. En cambio, rechazamos la posibilidad de tratarse de vasos de fabricación griega importados a nuestras costas, pues su factura es demasiado bárbara para que la podamos admitir. Por lo demás, el antiguo hallazgo de Ithaca es excepcional, y no hemos sabido encontrar otros ejemplares, bien que la bibliografía que hemos podido examinar dista de ser completa. A pesar de ello, no deja de ser enigmático el traslado a la lejana Iberia de un vaso (o vasos) de este tipo poco frecuente, y que aquí sirviesen de inspiración a un taller indígena. Acaso nuevos hallazgos, o nuevos estudios, aclaren este problema.

El vasito cerámico (lám. xix, fig. 2)

Hemos dicho que en el tercer hallazgo de Tivissa figuraba un vasito cerámico. Es un pequeño vaso, doble cónico con borde saliente y un cordón en el ángulo de coincidencia de los dos conos. Tiene asa que arranca del borde hasta inserirse en dicho ángulo. De color gris y paredes gruesas, es de una forma vulgar en la cerámica ibérica.

FILIACIÓN Y CRONOLOGÍA

Al estudiar cada objeto en particular, hemos hecho las observaciones de filiación cultural que su examen nos ha sugerido. Cúmplenos ahora resumirlas y decir unas palabras sobre el carácter de la estación y el de los hallazgos efectuados en ella.

Los dos lotes de objetos en metales preciosos nos hablan de una ocultación intencionada en un momento de peligro, para preservarlos de caer en poder de un enemigo. Esto no ofrece la menor duda, a pesar de la deficiente información en cuanto a las circunstancias concretas de cada hallazgo. No cabe dar gran importancia a la supuesta presencia de huesos y cenizas junto con los pendientes, monedas y demás objetos acompañantes, ya que aquella noticia es imprecisa, y lo heterogéneo del conjunto aleja la idea

2. LEE, John, *Antiquarian Researches in the Zonian Islands, in the year 1812*, en *Archeologia*, vol. xxxiii, 1849, págs. 45-46, y STACKELBERG, *Gräber der Hellenen*, lám. liv.

de tratarse de una sepultura, que, además, estaría situada en el interior del poblado. Pero si en este primer lote podríamos ver un conjunto de objetos de adorno y unas monedas pertenecientes a un particular, en el segundo creemos estar ante el tesoro de un templo o santuario; y el carácter votivo o cultural de los vasos que lo forman en su mayor parte, no nos ofrece dudas. Los demás objetos acompañantes, de un sentido menos claro, los creemos igualmente votivos, pues en todos los tiempos ha existido la costumbre de dedicar joyas a las divinidades. Los bueyes de bronce, aparecidos a gran distancia, en el extremo opuesto y cerca de la entrada del poblado, recuerdan más que nada las figuritas, igualmente votivas, de los santuarios del sur de España.

Restos del santuario o templo mismo no han sido encontrados; pero ya hemos dicho que la labor arqueológica en el Castellet de Banyoles está sólo iniciada; de manera que nada puede predecirse.

El momento de la destrucción violenta indudable del santuario y poblado, de la que es buen testimonio la ocultación del tesoro del templo, ya hemos dicho que cabe colocarlo a finales del siglo III o principios del II a. de J. C. Pero esta cronología no nos fecha necesariamente los objetos catalogados en este momento, y nos da únicamente un término *ante quem*, pues en un templo, más que en parte alguna, pueden perdurar los objetos depositados durante años, y aún durante siglos; lo mismo si se trata de ofrendas que de objetos del culto propiamente dichos (podría tratarse de vasos sagrados para libaciones). ¿A qué época cabe colocarlos? Responderíamos, por los paralelismos que hemos aducido, que en los siglos IV y III a. de J. C.; lo que podría suponer una estancia en el santuario de un máximo bien admisible de un centenar de años. La mayor parte son obras de arte indígenas, inspiradas más o menos directamente en modelos griegos; siendo de momento imposible fijar el lugar de su fabricación, en el mismo poblado, a la sombra del templo o en otra localidad.